

- p. 50 «manufactura, fábrica», en una acepción pre-industrial y no artesanal.
- p. 58 «arbitrios», o remedios que se escriben con el propósito de resolver las dificultades que agobian a aquella sociedad.
- p. 70 «revolución», voz que se origina en astronomía y que empieza a tomar una significación moderna.
- p. 217 «corriente de opinión», expresión que aparece cuando se piensa «que no es posible oponerse a la opinión de frente, de igual modo que no cabe enfrentarse a la corriente de un río desbordado.
- p. 361 «velocidad», concepto ligado a la estimación del movimiento por la sociedad barroca.
- p. 367 «peripecia», que López Pinciano define así: «mudanza súbita de la cosa en contrario estado que antes era».
- p. 388 «ocasión», «coyuntura», términos que se refieren al momento adecuado para ejercer una acción que tenga éxito.
- p. 403 «suceso», significaba éxito y con este significado lo emplea, entre otros escritores, Gracián.
- p. 426 «terrible», «grandioso», el primero conserva su actual significado y adquiere al mismo tiempo el de «grandioso», o sea, incomparable por lo extremado o extremoso del objeto o concepto al que se califica.
- p. 428 «furor», contenido semántico ligado a los diferentes aspectos relacionados con el de la extremosidad.
- p. 432 «suspensión», se trata de una palabra cuyo empleo alcanzó probablemente uno de los más altos grados de frecuencia. Alude a efectos psicológicos muy próximos a los de la técnica actual del «suspense».
- p. 433 «asombro», «espanto», «maravillar», referencia al gusto por lo nuevo, la sorpresa, lo inesperado que tanto actúa sobre el público.
- p. 447 «ingeniero», voz conocida en España de mucho antes, relacionada ahora con el saber geométrico.

Hugo Friedrich ha hecho observar que no se debe caer en la trampa de creer que algo dicho por alguien tiene forzosamente idéntica significación cuando es repetido por otra persona. Toda palabra rebosa de connotaciones afectivas peculiares del pensamiento hablante. Asimismo Guignebert, al estudiar la implantación de una creencia, llega a la conclusión de que no reviste idénticas características en los distintos ambientes: «... está hecha de capas estratificadas, cada una de las cuales corresponde a una clase de sociedad, o si se prefiere, a un nivel de cultura social». Ocioso parece decir que la semántica estudia los distintos significados que puede recubrir con el paso del tiempo una misma palabra. Maravall coincidiendo con estos profesores nos ha dado varios ejemplos de cómo una misma expresión cambia de sentido según quien la diga. Muy atento a este aspecto lingüístico lo tiene muy en cuenta a lo largo de su obra. Daremos solamente un ejemplo. Lorenzo Valla es su *Tratado del placer* afirma: «No se goza para algún otro fin, sino que el goce es el fin último. Ello es algo que pertenece al orden natural.» Por su parte, dice Celestina: «Esto obró la natura y la natura ordenóla Dios y Dios no hizo cosa mala». Estas palabras son traducción casi literal de otras de San Jerónimo: «Bonus est Deus et om-

nia quae bonus fecit bina sint necesse est». No deja de ser interesante, recalca Maravall, la utilización de este texto para un caso tan opuesto a aquel que lo movió.¹⁷

Señalaremos por último, dentro del campo del documento válidamente histórico, el inmenso tesoro de nuestra literatura (y también de las extranjeras) en el que deben incluirse las correspondencias, con o sin valor literario, y esa filosofía vulgar que conservan los refranes y expresiones populares, canciones, así como discursos, avisos y cualquier dato que descubra, por nimio que parezca, un aspecto, un simple matiz que contribuya al mejor conocimiento de la Historia, sobre todo de esa historia de la vida corriente, anónima, siempre opaca frente a los grandes acontecimientos y que en definitiva, modificando lentamente las mentalidades, los precede y los provoca.

Maravall es acaso, repetimos, uno de los historiadores más importantes entre los que han hecho uso de los testimonios históricos que aportan las obras literarias. Algunos de sus libros adoptan ya desde el título la referencia literaria como base de estudio histórico. Tales son *El mundo social de La Celestina*, *Teatro y Literatura en la sociedad barroca* y su magistral estudio: *La literatura picaresca desde la Historia social*.

Una vez enumerados los principios fundamentales de la metodología historiográfica de nuestro autor, todos ellos en relación con los criterios de la historiografía francesa, nos interesa comprobar cómo los ha utilizado al construir su magna obra, conservando al mismo tiempo su espíritu crítico y su originalidad independientes. Sus estudios están llenos de citas, ya para apoyar su propio criterio o para oponerse al de los historiadores citados. A veces se trata solamente de una matización particular y de la preferencia de una expresión distinta de la utilizada por el autor francés. Son éstas las que más nos interesan ya que en ellas se precisa con mayor minuciosidad el punto de vista de nuestro autor. No son simples variantes. Representan un distinto matiz de su pensamiento. Así cuando refiriéndose a la honda crisis del siglo XVII, Febvre habla de que «se liquida» el Renacimiento, Maravall comenta: «Creemos que una experiencia histórica no se liquida nunca y preferimos atenernos al concepto de cambio histórico». Vuelve sobre ello sosteniendo que no hemos de aceptar la tesis de Febvre acerca de la liquidación del Renacimiento: «La sociedad conservadora llevaba dentro de sí elementos que se habían incorporado en el albor de la modernidad». Maravall aplica aquí el principio de que siempre se hereda algo de una situación anterior.¹⁸

También explica que prefiere la denominación de *Estado moderno* a «Estado renacentista». Reconoce que respecto de la época que estudia «tal vez sería mejor hablar de *Estado barroco*, pero sigue prefiriendo la denominación de *Estado moderno* que abarca toda la época posterior a la Edad Media.¹⁹

Damos a continuación otro ejemplo en el que no sólo difiere, en cierto momento, de las opiniones ajenas sino que también se rectifica en parte a sí mismo. Cuando repite que «En todas partes hay un factor de vulgo en la sociedad barroca [...] y que ello es de aplicación a todos los productos barrocos», añade que «Desde fines del XVI se revela también en las formas sociales y espectaculares de la devoción». Aparece un gusto nuevo, conforme ha observado Febvre, por lo colectivo, por el anonimato; se impone un gusto por «el lento arrastrar de los pies, en las filas de un cortejo», al modo de esas procesiones que entonces se ven por todas partes. Maravall se opone inmediatamente a Febvre: «Manifes-

¹⁷ Ch. Guignebert, op. cit., p. 14; J. A. Maravall, *El mundo social de «La Celestina»*, Madrid, Gredos, 3ª ed., 1972, p. 154.

¹⁸ J. A. Maravall, *La cultura...*, pp. 69 y 281.

¹⁹ J. A. Maravall, *Estado moderno...*, pp. 16 y 17 en que se refiere a Chabod.

taciones en las que no hay por qué ver, contra lo que fácilmente Febvre supone, un caso de hispanización del Occidente europeo pero que en España quedarán como forma de imposición externa y como resortes *vulgares* de la religión». Y ya casi al final de ese densísimo y atractivo estudio que es *La cultura del Barroco*, Maravall nos recordará nuevamente: «No sólo el gusto por el desfile anónimo, como dijimos antes con palabras de L. F. sino el interés por su fuerza plástica configurativa [...] es una de las razones para se propague tanto en España y pase al extranjero, la procesión». ²⁰ Vemos pues en primer lugar un rechazo de la opinión que atribuye a España una práctica adoptada por el Occidente europeo y en segundo lugar el reconocimiento de que en España perdurará esa práctica pero de forma puramente exterior. Finalmente al aceptar la propagación de esa costumbre al extranjero trata de buscar una explicación que no sea mero hábito de raíz supersticiosa sino más bien artística, en este caso su fuerza plástica.

Demos seguidamente un ejemplo en el que Maravall, sin rechazar la opinión de Braudel, la completa muy acertadamente: «Al hablar de lo que significa un traje de seda para un Guzmán de Alfarache en ello no hay sólo un aspecto económico, señalado por Braudel, sino un aspecto social básico» ²¹. «Es más, por nuestra parte, pensamos que el aspecto social señalado por Maravall para completar la opinión de Braudel es más importante en sí que el económico. El hecho de que precisamente el traje informe a los demás de la propia categoría social es una ventaja que tratarán de conservar a toda costa los nobles que son a quienes beneficia.

Veamos ahora una coincidencia de Maravall con los precedentes historiadores franceses, en la que va todavía más lejos que ellos y en la que se aparta de las opiniones de muchos autores españoles. Me refiero a su elogio de Felipe II. Tanto Febvre como Braudel han destacado la importancia del gobierno personal del llamado *rey prudente* y le han defendido contra quienes han criticado la lentitud de su política, especialmente la tardanza en los preparativos de los transportes de tropas a través de tan grandes territorios como ocupaban entonces, los dominios españoles. Oigamos ahora a Maravall: «En cualquier caso, es la suya la figura de un gobernante de singular grandeza, y ésta la podemos medir hoy precisamente con mayor ajuste en los trabajos de quienes, en fechas próximas, negándose a hacer apología, han hecho sobre aquélla, estricta y rigurosamente Historia. (L. Febvre, F. Braudel y en un breve estudio reciente M. Cavillac). Es así como podemos contemplar a Felipe II heredero del Renacimiento y realizador de una obra de neta filiación renacentista». ²²

Penetremos ya en las intenciones, o mejor motivaciones, más entrañables que han impulsado la obra de Maravall. Lo primero que nos ha llamado la atención, porque salta a la vista, es el propósito de Maravall de presentar una historia de España, mejor dicho, para ser exactos, una parte de la historia de España, a nueva luz, una historia de España cuyo desarrollo en sus líneas generales, pero más a menudo en meros detalles, resulte paralelo al de las demás naciones europeas. Y esa parte de nuestra historia escogida por él es particularmente decisiva en relación con la Historia total porque se refiere a una época crucial, el paso de la Edad Media a la Modernidad, paso en el que tras breves esperanzas queda frustrado todo el avance que una Edad Media, muchas veces precoz en su desarrollo con respecto a los demás países del Occidente europeo tuerce, en palabras de

²⁰ J. A. Maravall, *La cultura...*, pp. 203 y 803.

²¹ J. A. Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1979, p. 24.

²² F. Braudel, *La Méditerranée...*, p. 883; L. Febvre, *Philippe II...*, P. 770; J. A. Maravall, *Las Comunidades de Castilla*, Madrid, Alianza Universidad, 1979, p. 213. Nos extraña que Maravall no repare en que una de las consecuencias más importantes del Renacimiento es la ruptura de la unidad católica que no se dio en España por la brutalidad y crueldad con que fueron aniquilados los disidentes.